

de Italia, pero no logran fundar un Estado. Los Borgoñones tienen igual suerte. No sucede lo mismo á los Francos, que, llegando á las Galias en bien corto número, imponen su nombre á la Francia, conquistan la Germania, que había resistido á las legiones, y su rey se hace coronar emperador en Roma. No de otro modo algunas bandas de aventureros sajones que desembarcan en Inglaterra fundan allí una nacionalidad poderosa que hoy esparce sus colonias por todo el mundo.

Los Francos y los Sajones, paganos al tiempo de la invasión, abrazaron muy luégo la religión católica, mientras que las tribus germánicas que desaparecieron habían recibido el Evangelio de manos de una secta. Los Vándalos desaparecieron siendo arrianos; los Godos y los Lombardos no lograron aclimatarse en España y en Italia hasta que se convirtieron á la fe de Nicea. ¿Será este hecho puramente accidental? Tanto valdría negar la influencia de la vida religiosa en la suerte de las naciones, cuando tal vez nunca ha sido más considerable y más eficaz esa influencia que en el destino de los pueblos germánicos. La gran masa de los vencidos en los países conquistados por los Bárbaros estaba afiliada á la Iglesia ortodoxa; y cuando los conquistadores se obstinaban en su herejía, la fusión de los vencedores y de los vencidos se hacía imposible, y de allí los odios que abrían la puerta á nuevos conquistadores. Esa desafección de los Romanos causó la ruina de los Borgoñones y de los Visigodos en las Galias. También fué la división religiosa la que destruyó la dominación de los Ostrogodos en Italia, no obstante el genio de Teodorico. El papado y los reinos arrianos eran incompatibles; y como el catolicismo era necesario para presidir el desarrollo de la humanidad en la Edad Media, los reinos arrianos tenían que desaparecer. Ya hemos apreciado el arrianismo bajo el punto de vista teológico (1); hemos dicho que hubiera sido impotente para desempeñar la misión de la religión cristiana. La historia de los Estados fundados por los Bárbaros nos presenta al clero arriano indiferente á la grande vocación de la Iglesia; no hace nada para difundir el Evangelio ni para extirpar el paganismo; le falta el movimiento y la vida. La propaganda parte de Roma, y era, por lo tanto, á la Iglesia, que se preocupaba de la

(1) Véanse mis *Estudios sobre el Cristianismo*.

salud de las almas, á la que correspondía el imperio de la cristiandad.

¿Es esto decir que los Bárbaros que no fundaron Estados durables pasaron inútilmente por la tierra? No, contribuyeron á destruir la monarquía universal de Roma, y con ella el despotismo que envilecía y aniquilaba la especie humana. La misión de los Godos fué aún más grande: salvaron dos veces la humanidad, primero poniendo fin al imperio, y después arrojando á los Tártaros á las estepas del Asia. Los Visigodos de España, los Borgoñones y los Lombardos acabaron por abrazar la fe que, en aquella época, podía únicamente salvar las naciones, y dejaron vestigios en las sociedades que se formaron por medio de la fusión de los pueblos conquistadores y de los conquistados. Solamente los Vándalos desaparecieron, sin otro recuerdo que el de una obra de destrucción.

Y puede lamentarse el que no se sostuvieran en África, porque, después de su derrota, las costas que un tiempo dominó Cartago y las llanuras que fueron uno de los graneros de Italia se vieron invadidas por la barbarie y la esterilidad. El África se sustrajo á la influencia de la raza germánica, y sólo después de siglos de una dominación salvaje es cuando la civilización europea ha hecho esfuerzos para introducirse en ese inmenso continente. Se duda si los Vándalos habrían regenerado el África, como sus hermanos han regenerado la Europa. Para resolver esa duda, conviene ver lo que hicieron de su conquista los vencedores. Por nuestra parte, no imputamos á crimen el espíritu destructor de los Vándalos; no ménos devastadores fueron los Sajones y los Normandos, y fundaron, sin embargo, imperios poderosos y ricos de porvenir. Dos causas contribuyeron á la ruina inevitable de los Vándalos. Parece que había encarnado en aquel pueblo el genio de la persecución. Quisieron hacer violencia á los sentimientos religiosos de los vencidos; y para quebrantar la resistencia de los católicos, emplearon todo género de medios, seducciones, tratamientos ignominiosos, destierros, tormentos, mutilaciones, la muerte misma; pero la fe de los débiles fué más fuerte que la omnipotencia de los conquistadores. Esa política insensata era un obstáculo invencible para la fundación de un Estado; los vencidos, en hostilidad permanente contra los vencedores, emigraban ó iban á morir al desierto. Perseguidos y maltrechos los Africa-

nos, debían ver un libertador en todo enemigo de los Vándalos; y de ahí que Belisario encontrase amigos entre los indígenas y que le auxiliáran á combatir contra los Vándalos, que ya no eran los Vándalos de Genserico. Éstos se distinguían por su castidad; pero bastó ménos de un siglo después de la conquista de África para que degenerasen por completo. Al ver el cuadro de sus costumbres en Procopio, se diría que el representado era un pueblo asiático; aquellos hombres del Norte necesitaban en África una mesa delicada, vestidos afeeminados, baños, danzas, harenes (1). Las fáciles victorias de Belisario prueban que no había ningún elemento de fuerza en aquellos señores del África.

§ II.—La conquista.

N.º 1.—Carácter de la conquista.

El derecho de conquista de los antiguos se compendia en aquella célebre frase de los Galos: “*¡Ay de los vencidos!*”. La muerte de los vencidos era un derecho del vencedor; la vida que les dejaba era un beneficio; pero su libertad y sus bienes pertenecían al conquistador. Hoy día el vencedor se contenta con la soberanía, y los pueblos conquistados conservan la vida, la libertad y la propiedad. ¿De qué manera se ha efectuado la transformación del derecho más brutal, de aquel derecho que excita las pasiones malélicas de los hombres? El cristianismo tiene una parte en ese progreso; pero el genio de las razas germánicas reclama también su parte en el desarrollo de la humanidad.

La conquista bárbara se distingue desde el principio de la conquista antigua. Los pueblos perecían en la antigüedad. Sin evocar las ruinas de las magníficas ciudades que cubrían el Asia, ni los nombres de naciones que ya no viven más que en la historia, Roma misma, aun cuando moderada por cálculo, destruía á sus rivales, y ya no se sabe ni aun el lugar que ocupaba Cartago. Los conquistadores bárbaros fueron ménos destructores que los conquistadores civilizados: los pueblos no perecían ya. Léjos de exterminar á los Romanos, les dejaron su libertad, su derecho y gran parte de sus bienes. En la conducta de los Germanos no se encuentra nada sistemático y reflexivo; no parece sino que

(1) PROCOPIO, *de Bello Vandalico*, l. 6.

aquella conducta les estaba inspirada por la Providencia, la cual les llamaba á regenerar el mundo antiguo y no á sepultarle bajo sus ruinas. Sin duda alguna que hubo mortandad y devastación, y que muchos de los vencidos se vieron reducidos á esclavitud; pero, para juzgar la conquista, no conviene atenerse á unos cuantos hechos particulares, ni á devastaciones accidentales, que son como las tormentas de la naturaleza; hay que elevarse por cima de las calamidades individuales para abrazar el conjunto del suceso. La conquista es la consecuencia de la invasión, y ya hemos dicho cómo se verificó ésta; que no fué una irrupción súbita de una nube de Bárbaros; que, por el contrario, en el principio fué pacífica, y tanto que los emperadores la solicitaron, en cierto modo, para repoblar las tierras desiertas y darlas cultivadores, así como para llenar los cuadros de las legiones; hasta se dieron subsidios á los Germanos, se les distribuyeron tierras y el imperio quedó en pié. Últimamente se borró ya la sombra del gobierno imperial, y de auxiliares que eran los Bárbaros, se convirtieron en dueños. La ocupación se verificó, pues, no sin violencia, porque los Germanos eran los más fuertes; pero sí con el consentimiento, ó poco ménos, de los jefes del imperio.

Ese carácter de la conquista se patentiza en la historia de los Borgoñones y de los Visigodos: aquéllos eran antiguos *Letos* ó confederados del imperio, y se aprovecharon del movimiento general que empujó á las poblaciones germánicas del siglo V para crearse un establecimiento durable. El usurpador Jovino les abandonó la parte de las Galias situada á la izquierda del Rin. Honorio, para atraérselos, les permitió ocupar el país que se extiende desde el lago de Ginebra hasta la confluencia del Rin y el Mosela; pero aun cuando constituidos en monarquía, los Borgoñones quedaron bajo la dependencia de los emperadores; no tenían, por consiguiente, la soberanía de las provincias que habitaban; súbditos del imperio, tenían obligación de darle soldados, y sus jefes, al tomar el título de rey, eran dignatarios romanos, patricios unos, otros jefes de la milicia. Sigismundo, hijo de Gundebaldo, escribía al emperador Anastasio: “Ya que las distancias de los lugares y las circunstancias presentes no me permiten ir en persona á aseguraros mi adhesión, como vuestro soldado y vuestro deudo, procuro, al ménos, daros muestra con

las obras de los sentimientos de que estoy poseído y que no puedo expresar de palabra... Mi nación hace parte del pueblo que os reconoce por soberano, y me considero más honrado con servir á vuestras órdenes que con reinar en ella. Este es un sentimiento que he heredado de mis antecesores, que han tenido siempre un corazón verdaderamente romano... Cuando los príncipes de mi casa llegan á ser reyes de su nación, lo que más los lisonjea es que por aquel acto se constituyen vuestros oficiales,, (1).

También los Visigodos se establecieron en las Galias con el consentimiento de los emperadores. Alarico murió poco tiempo después de su entrada en Roma, y Ataúlfo, que le sucedió, tuvo la ambición de fundar un imperio de Godos sobre las ruinas de la dominación romana. Pronto comprendió que faltaba á los Bárbaros el principio de unidad, y desde entonces se contentó con un papel secundario; quiso ser el apoyo del imperio que los Godos habían conmovido tan hondamente; tal vez influyó la hermana de Honorio, la hermosa y arrogante Placidia, de la cual hizo su esposa, á cambiar en amigo y protector el enemigo más encarnizado del nombre romano. Honorio se consideró muy feliz con apartar de la Italia á los terribles Bárbaros, y les abandonó el Mediodía de las Galias, donde entonces se agitaban bandas germánicas y usurpadores romanos. Cuando los Visigodos se establecieron en la Aquitania, todavía eran soldados de Roma; y su rey, al mismo tiempo jefe de los Bárbaros y oficial del imperio, tenía sus tropas de cuartel en las provincias que ocupaba, sin que apareciese conquistador. Los Godos, soldados fieles, hicieron la guerra á los Bárbaros que devastaban la España, y toda la península fué restituida á la obediencia del poder romano. Honorio celebró aquellas victorias con un magnífico triunfo, y al volver á las Galias, los vencedores recibieron en recompensa de sus servicios todo el territorio de la cuenca del Garona (2).

El prestigio del nombre romano sobrevivió á la caída del imperio. Ya no había emperador de Occidente cuando el Borgoñon Sigismundo se proclamaba vasallo de Anastasio. Y cuando Valentiniano

(1) TILLEMONT, *Histor. de los Emper.*—DUBOS, *Histor. del establecimiento de la monarquía franc.*, lib. II, c. 6; III, c. 12; V, c. 4.
(2) ASCHBACH, *Historia de los Visigodos*, p. 97-111.

recomendaba á los Visigodos como miembros del imperio que tomaran las armas contra los Hunos, aquéllos eran independientes de hecho. Los Francos, que volcaron la dominación de los Borgoñones y de los Visigodos, habían sido por mucho tiempo los auxiliares de Roma; y sus jefes, que desbarataban en las Galias los últimos restos de la dominación romana, solicitaban al propio tiempo las dignidades de la corte de Constantinopla. Clovis, el vencedor de Siagrius, recibió del emperador Anastasio el título de cónsul, siendo ese hecho el que ha servido al abate Dubos para formar su sistema de una ocupación pacífica de las Galias por los Francos. El consulado de Clovis no tiene esa importancia; sin embargo, el entusiasmo con que el rey de los Francos se adornaba en público con la túnica de púrpura y el manto de escarlata atestigua que la dignidad que le confirió el emperador de Constantinopla tenía su valor para el conquistador de las Galias. Si los títulos de Patricio y de gran maestro de la milicia no daban la soberanía á los reyes bárbaros, por lo menos la consolidaban. Como jefes de los Bárbaros, y por sola la autoridad de la fuerza, podían hacerse obedecer en los países donde estaban acantonados; pero entonces trataban á los Romanos como enemigos, no como súbditos. Mientras que, revestidos de la dignidad imperial, aquellos mismos jefes tenían derecho á la obediencia de las provincias, y éstas, al ejecutar sus órdenes, no cedían ya á la violencia, sino al imperio de las leyes.

Los vínculos que ataban las provincias ocupadas por los Bárbaros á los emperadores acabaron por desatarse, y sobre las ruinas del imperio se levantaron reinos independientes. ¿Cuál fué entonces la condición de los vencidos? Ahora que ya conocemos el carácter de la conquista germánica, nos será fácil apreciar las opiniones contradictorias que se han emitido acerca de los resultados de la conquista. Se ha creído que los Romanos, vencidos y prisioneros de guerra, habían sido reducidos á servidumbre. El conde de Boulainvilliers explicó brillantemente esa idea (1). El abate Dubos presentó enfrente de ella un sistema tan ingenioso como erudito. Según él, los Francos, que llegaron como amigos á las Galias, no introdujeron cambio alguno en la condición de los Galos; no hubo otra cosa que

(1) BOULAINVILLIERS, *Histor. del antig. gobier. de la Francia*.

unos cuantos millares más de Francos. Las dos opiniones son igualmente exageradas, sin embargo de que el sistema de Dubos, aún cuando algo paradójico, se acerca más á la verdad que el de Boulainvilliers.

N.º 2.—Distribución de las tierras.

Cuando los Bárbaros se establecieron en las provincias, con beneplácito de los emperadores, fué necesario proveer la subsistencia de tan terribles huéspedes, que con facilidad podrían pasar del papel de auxiliares al de enemigos. Por de pronto se les proveyó de trigo; poco después se creyó mejor darles tierras, y de allí aquellas famosas distribuciones del terreno entre los vencedores y los vencidos, que se representan como el colmo de la opresión. Ya observó Montesquieu que no se habían hecho con espíritu de tiranía, sino con la idea de subvenir á las necesidades de dos pueblos que debían habitar el mismo país; y cuando se examinan de cerca aquellas usurpaciones, se encuentra que los Bárbaros fueron más moderados que lo habían sido los Romanos.

Entre la mayor parte de los pueblos conquistadores, la división de las tierras se hizo de una manera regular (1). Los Borgoñones se tomaron la mitad de los edificios, las dos terceras partes de las tierras cultivadas, la tercera parte de los esclavos; los montes quedaron siendo del común de vecinos. La usurpación sería excesiva si la distribución se hubiese hecho de todo el suelo; pero no era así, sino que se hacía de individuo á individuo; tal Borgoñon era huésped de tal Romano y partía con él; y como el número de los Bárbaros era muy corto en comparación con el de los vencidos, la expropiación no afectaba más que á un pequeño número de personas. Los Visigodos siguieron la misma regla. Cuando el último emperador de Roma rehusó dar tierras á las tropas mercenarias que recorrían la Italia, Odoacro, poniéndose á su cabeza, les repartió la tercera parte del terreno. Los Ostrogodos, que volcaron á Odoacro, se contentaron con aquel tercio; y si hemos de creer á Casiodoro, Teodorico ejecutó aquella medida de violencia con tanta moderación y equidad, que vencidos y vencedores quedaron igualmente satisfechos (2).

(1) DANIELS, *Histor. del Derecho público*, t. II, p. 352-362.
(2) CASSIODOR., *Variar.*, II, 16.—SAVIGNY, t. I, p. 283 y siguientes.

Pero los Lombardos parece que expropiaron por completo á los Romanos (1).

Los Francos son el único pueblo en el cual no se encuentra vestigio alguno de partición de tierras. El silencio de las leyes y la falta de datos históricos han favorecido el espíritu de sistema. "No es verdad, dice Montesquieu, que los Francos hubiesen ocupado todas las tierras; ¿qué habrían hecho de tantos terrenos? Tomaron las que les convinieron y dejaron el resto." El abate Dubos va más lejos, puesto que, según él, los Francos, amigos y aliados de los vencidos, les dejaron todos sus bienes. Pero ¿de dónde venían entonces las tierras que los reyes francos distribuían á sus compañeros de armas? Eran, dice Dubos, bienes del común ó pertenecientes á los veteranos y soldados de las fronteras (2). La opinión de Dubos es la expresión del estado legal resultante de la conquista, si es que se puede hablar de derecho allí donde impera la fuerza: no hubo, por consiguiente, expropiación sistemática; los Francos componían un pequeñísimo número, puesto que la mayor de sus tribus no pasaba de seis mil hombres; ese puñado de guerreros no podía pensar en repartirse la inmensa extensión del país, fruto de la conquista. En las Galias había terrenos públicos ó abandonados por efecto de la despoblación (3) más que los que se necesitaban para satisfacer á los Francos, y aún después de haber satisfecho la avaricia de sus compañeros, quedaron á los reyes territorios inmensos, que más tarde repartieron á los hombres de guerra y donaron á las iglesias. ¿Es esto decir que no hubiera despojos individuales? Eso sería desconocer el carácter de los tiempos de perturbaciones y de violencias. Cuando un Franco se quería apoderar de las tierras de un Galo-Romano, ¿quién se lo podía impedir?

Al hablar de la conquista de los Bárbaros, muchos historiadores distinguidos lamentan el despojo que, según ellos, se verificó al estilo turco (4),

(1) Tal es la opinión de HEGEL, *Geschichte der Stadtverfassung*, t. I, p. 352.

(2) DUBOS, *Historia del establecimiento de la monarquía francesa*, lib. VI, c. 13.

(3) El mayor número de terrenos del Estado provenía del abandono de sus dueños, por el aniquilamiento de la población y por la deserción de los que ejercían cargos municipales. Á eso había llegado aquella magnífica administración imperial que algunos historiadores lamentan que se acabara. La propiedad que hoy día se procura con tanto anhelo, se abandonaba entonces y se huía de ella como de una calamidad (MLLE. LEZARDIERE, *Teoría de las leyes políticas*, primer discurso, t. I, p. 67, 73).

(4) THIERRY, *Cartas sobre la historia de Francia*, XII.

olvidan cuál fué el derecho de guerra de Roma, cuya civilización echan de ménos. Todo cuanto pertenecía á los vencidos venía á ser propiedad del vencedor romano, sin exceptuar las cosas sagradas: el conquistador disponía á su antojo del territorio conquistado; muchas veces desposeía completamente á los antiguos propietarios; y cuando, por prudencia más que por humanidad, les dejaba el disfrute de una parte de sus tierras, era á condición de pagar un impuesto territorial que significaba la dependencia de los poseedores. La república les concedía el uso y se reservaba el dominio; el territorio provincial no era susceptible más que de posesión y no de verdadera propiedad (1). Tal era la condición legal de los vencidos. No repetiremos aquí los dolores que sufrieron en la decadencia del imperio; harto lo manifiestan los hechos: en la época de la invasión, las provincias estaban extenuadas y moribundas.

Los Bárbaros no tenían el espíritu jurídico y ávido que caracteriza á los Romanos; aquéllos se consideraban como amigos y huéspedes. Los emperadores habían concedido terrenos á los Germanos en recompensa del servicio militar, donaciones que hacían las veces de sueldo, y en ese mismo sentido es en el que tuvieron lugar más tarde las distribuciones de tierras, las cuales se hacían sin lesionar gran cosa los intereses particulares. En tiempo del imperio, el estado de la propiedad era completamente diverso de lo que es hoy; el suelo estaba entre las manos de un pequeño número de personas, cuyos inmensos dominios los aprovechaban rebaños guardados por esclavos; apenas si se encontraba un hombre libre, propietario y agricultor, en las provincias que habían sido otro tiempo las más florecientes (2). La conquista, por consiguiente, afectaba á hombres que poseían provincias enteras; y tenían tantos terrenos incultos, que la cesión de la mitad ó de las dos terceras partes les era poco onerosa. Así se explica el silencio casi absoluto de los historiadores respecto á las distribuciones que se hicieron entre Bárbaros y Romanos, y un hecho que nosotros consideramos hoy como la más radical de las revoluciones pasó entonces casi desapercibido.

(1) Véase la parte tercera de mis *Estudios*.

(2) El papa GELASIO escribe (*Epist. adv. Antramach.*, en MANSI, *Col. c. Conc.*, t. VIII, p. 98): «*Emilia, Tuscia, ceteraque provincie, in quibus hominum pene nullus existit.*»

Sin duda que habría desastres individuales; pero, en general, las relaciones entre los despojados y los despojadores, más bien que hostiles, fueron amistosas. Los Borgoñones, dice *Orosio*, viven inocentemente, tratando á los Galos con dulzura y mansedumbre, no como vencidos, sino como verdaderos hermanos en Jesucristo (1). Esto se explica por la bonhomía del carácter germánico, que suavizó lo más áspero que había en la conquista. El título de *huésped* que se daban los Germanos no era una burla de conquistadores; lo tomaban seria y lealmente; habitando en territorios de los propietarios galos, se consideraban como sus clientes, é iban de madrugada á saludarles, dándoles el nombre de *padre* ó de *tío*. Había algo de ingenuo y sencillo en aquellas muestras de respeto; cantaban sus canciones nacionales con la cabeza descubierta, y preguntaban después á sus nobles patronos si les habían gustado (2). Algunas veces los Bárbaros tenían escrúpulos que admirar hallar entre conquistadores. El poeta Paulino, reducido á la pobreza á consecuencia de la instalación de los Godos, se retiró á Marsella; y un día, con gran admiración, recibió el precio de una de sus tierras que le enviaba el nuevo poseedor (3). ¿Qué habrían dicho de esa delicadeza los Romanos, para quienes el ideal de la vida era acrecentar la fortuna... ellos, que miraban los bienes adquiridos en la guerra como su propiedad más legítima?»,

N.º 3.—Condición de las personas.

En la antigüedad, el derecho de conquista afectaba á las personas tanto como á las cosas. En Grecia fueron exterminadas ó reducidas á esclavitud poblaciones enteras por hermanas suyas. En Roma, el derecho ilimitado del vencedor fué formulado con la precisión jurídica que distingue al pueblo rey: la *dedición* no dejaba nada á los vencidos más que la vida. Cuando los Bárbaros comenzaron sus invasiones, procuraron, por de pronto, el merodeo más que la dominación, y robaban todo lo que se puede trasportar, bienes y personas. El testimonio de autores contemporáneos acerca de las

(1) OROSIO, *Histor.*, VII, 32.

(2) SIDON. APOLLINAR., *Carm.*, XII.—THIERRY, *Cartas sobre la historia de Francia*, VI.

(3) MICHELET, *Histor. de Francia*, lib. II, c. 1.

miserias de la cautividad (1) y del gran número de siervos que había en Europa durante el régimen feudal ha hecho creer que la masa de la población romana quedó esclava por efecto de la conquista. Esto no es cierto; los Romanos continuaron en la condición misma en que se hallaban bajo el imperio. Al tiempo de la invasión, los habitantes de las campiñas en gran parte eran esclavos, y la conquista no cambió nada respecto de su estado; pero los que eran libres conservaron su libertad. Para convencerse de esto no hay más que abrir las leyes de los Bárbaros. El Romano tiene derecho á una composición ni más ni ménos que el Germano, áun cuando sea menor; si era esclavo, su dueño sólo podía reclamar la cantidad de aquélla. Los vencedores dejaron á los vencidos su derecho y todas las instituciones que no eran incompatibles con el nuevo orden de cosas.

El único elemento de civilización que sobrevivió al imperio fueron las ciudades. Así es que la era de la libertad moderna se abre también por la emancipación de los municipios. Los historiadores franceses han dado una gran parte á Roma en ese gran movimiento; y no es el genio romano, sino el espíritu germánico el que inspiró el movimiento municipal del siglo XII. Bajo la influencia deletérea del despotismo, las magistraturas locales habían llegado á ser la más dura de las servidumbres. Los Bárbaros rompieron las cadenas de los curiales: no teniendo el genio fiscal de los Romanos, su administración, más sencilla que la complicada organización del imperio, era también ménos costosa. No se sabe si las curias continuaron recaudando los impuestos que se les repartían bajo el régimen imperial (2); pero es cierto que dejaron de ser responsables de su cobranza. La destrucción del régimen municipal, que ordinariamente se lamenta, fué uno de los grandes beneficios de la conquista. Bajo las curias romanas, la tiranía viciaba la vida hasta en sus fuentes; bajo el gobierno germánico,

la libertad, áun cuando desarreglada, devolvió la vida á las poblaciones. Hay, sin embargo, también un elemento romano en la resurrección de los municipios: los habitantes encontraron un asilo en las ciudades con sus artes y su industria; en ellas es en donde se abrigaron los restos de la civilización latina; en ellas, en fin, donde se desarrolló, áun cuando desapercibido, aquel elemento democrático que brotó en las revoluciones municipales del siglo XII.

Cuando se considera aisladamente la condición de los vencidos, se ve uno inclinado á sostener, con el abate *Dubos*, que los conquistadores eran los amigos de los Galos; mas, para apreciar la influencia de la conquista sobre el estado de las personas, se necesita poner á los vencedores en presencia de los vencidos. Abramos la Ley Sálica: «Si algún hombre libre da muerte á un Franco ó á un Bárbaro, pagará doscientos sueldos (1). Si un Romano poseedor (es decir, que tenga bienes propios en el cantón en que vive) ha sido muerto, el homicida pagará una composición (a) de cien sueldos.» Así los Romanos no estaban apreciados más que en la mitad del valor de un Bárbaro. En ninguna de las leyes germánicas se establecía esa diversidad jurídica entre los vencedores y los vencidos; pero el espíritu que animaba á la ley de los Salios se veía en todas las demás partes; era un profundo desprecio de los Romanos: «Cuando nosotros, Bárbaros, queremos insultar á un enemigo, le llamamos Romano; este nombre significa bajeza, cobardía, corrupción, mentira; encierra en sí solo todos los vicios.» El que se expresa de ese modo era un obispo, y lo hace así en nombre de todos los Bárbaros (2). Los vencedores pretendían tener todas las cualidades que faltaban á los vencidos. Poseían, en efecto, la virtud por excelencia en aquellos tiempos

(1) Sueldo de oro. El sueldo de oro, según las investigaciones de GUERARD (*Política*, t. I, p. 134 y sig.), valía 90 francos.

(a) El *werregeldum* ó *wehrgeld*, germánico, sistema penal que reemplazó á la *venganza de sangre*, denota ya un progreso y es un signo de cultura en las costumbres de los Bárbaros; pero ese mismo *wehrgeld* ó sistema de composición entre el ofensor y el ofendido fué sustituido muy pronto por el *fredum* ó *frida*, pena social, que valoraba minuciosamente el daño. Esa transición se descubre visiblemente en nuestro Fuero Juzgo, si bien el espíritu individualista y el carácter independiente germánico denuncia una especie de retroceso en nuestros Fueros municipales del siglo X al XII, viéndose al lado del *fredum* el *wehrgeld* y hasta la *venganza privada*, *venganza de la sangre*, signo característico de la barbarie germánica.—(*N. del T.*)

(2) LUITPRAND., *Legat.*, ap. MURATORI, *Script. rer. ital.*, t. II, P. I, p. 481.

pos de lucha, el valor guerrero: de ahí vino que el nombre de los conquistadores pasó al idioma para expresar la fuerza, el denuedo, la sinceridad, la rectitud, la libertad, el poderío, todas las cualidades nobles del alma y del cuerpo (1).

Y la superioridad de los conquistadores no solamente era moral, se traducía también en privilegios: la nobleza ha salido de la conquista. Este hecho, durante mucho tiempo oculto en los orígenes oscuros de la historia moderna, se reveló con claridad en el siglo XVIII. El conde de *Boulainvilliers* reclamó para la nobleza los derechos del conquistador: "Nosotros somos, dijo, si no los descendientes directos, al menos los representantes inmediatos de la raza de los vencedores: la tierra de las Galias es nuestra. La fuerza de las armas es la que ha establecido la distinción de nobles y pecheros: "Por efecto de la conquista, los Galos vinieron a ser súbditos, los Francos han sido los verdaderos nobles y los únicos capaces de serlo. El fiero campeón de los Francos trata de usurpación la emancipación de los vencidos, así como los progresos por medio de los cuales se han elevado, contra todo derecho, dice él, a la condición de sus antiguos señores y han invadido todas las dignidades del Estado (2).

El guante arrojado a los pecheros galos fué recogido por los vencedores de la Bastilla, los cuales preguntaron a su vez con qué títulos pretendían los aristócratas mantener al pueblo en la opresión. ¿Es a título de conquistadores? "Enviemos entonces, dijo *Sieyès*, a los bosques de la Franconia a todas esas familias que conservan la loca pretensión de haber salido de la raza de los vencedores y de haber heredado sus derechos de conquista. Nosotros nos consolarémos de ser los descendientes de los Romanos y de los Galos; este origen vale, por lo menos, tanto como el de sucesores de los Sicambros y otros salvajes salidos de los pantanos de la antigua Germania. Y si la conquista da nobleza, nosotros serémos nobles haciéndonos conquistadores a nuestra vez."

Las pasiones de los partidos han exagerado la influencia de la conquista respecto a la división del

(1) THIERRY, *Consideraciones sobre la historia de Francia*, capítulo v.

(2) BOULAINVILLIERS, *Disertación sobre la nobleza francesa*, páginas 39, 53, 148;—*Historia del antiguo gobierno de la Francia*, tomo I, p. 33 y siguientes.

pueblo francés en clases. Verdad es que la nobleza tiene su origen en la conquista; pero ¿es eso decir que se haya formado exclusivamente de conquistadores? Las clases de la sociedad que desempeñaban oficios reales ó que poseían la tierra a título de beneficio durante los primeros siglos, formaron la nobleza más tarde, cuando las funciones y los beneficios se hicieron hereditarios. Y esas clases se componían de Romanos tanto como de Bárbaros. Aparte de esto, entre los hombres libres que pasaron del estado de dependencia al de servidumbre y constituyeron el tercer Estado se encuentran Bárbaros no menos que Galos. La nobleza no data del día después de la victoria; se ha desplegado lentamente desde el siglo V al X; y durante esa larga coexistencia, vencedores y vencidos se habían fundido para formar una nación nueva. Había, en efecto, en esa nación grandísimas diferencias en cuanto al rango, a los derechos y a los privilegios; pero esas diferencias no dependían de la raza; la fusión de las razas precedió a la nobleza, a los siervos y al estado llano. Por esa razón es por la que las diversas clases no formaron más que una nación; si hubiera habido diversidad de origen en aquella división, la Europa hubiera entrado en el régimen de castas. La distinción y los privilegios de las clases no estorbaron el que se estableciese la unidad en las sociedades que procedían de la invasión.

§ III.—El elemento germánico y el elemento romano.

La lucha de vencedores y vencidos no terminó en los campos de batalla, sino que se reprodujo en el apacible terreno de la ciencia. Ciertamente es que la civilización moderna procede de la fusión de la raza germánica con los pueblos que ocupaban el imperio; pero ¿cuál es la importancia relativa de los principios de que eran representantes los Germanos y los Romanos? Esta cuestión sigue dividiendo al mundo sabio. Hagamos, ante todo, constatar la coexistencia de los dos elementos; después trataremos de apreciar su valor respectivo.

Las Galias, la España, la Inglaterra y una parte de la Germania sufrieron el yugo de Roma. Se ha dicho que una invencible unidad marchaba en pos de las legiones; que la civilización romana ha tenido el terrible poder de borrar leyes, costum-

bres, lengua y religión nacionales y de asimilarse completamente sus conquistas (1). El hecho en general es exacto, pero no se le debe exagerar, y sobre todo, no se debe perder de vista que la influencia romana ha sido más poderosa en las ciudades que en los campos. Las ciudades de las Galias, de España y de Inglaterra eran la fiel imagen de las ciudades italianas; el idioma de los vencidos, su derecho, su culto y sus instituciones eran las de los vencedores. En apariencia todo era romano; pero, en realidad, las nacionalidades primitivas sobrenadaron; el genio de los Celtas y el de los Iberos reaparece en los Franceses y en los Españoles. Roma ha sido la institutriz de los Bárbaros, y hay que tener en cuenta que los pueblos, así como los individuos, no se transforman por la educación; que hay caracteres é indoles innatas que se pueden modificar, pero no destruir. Roma ha civilizado más bien que ha absorbido a los pueblos, y esa misión la conservó aún después de la invasión de los Bárbaros.

Los Germanos se esparcieron por toda la Europa, salvo algunas provincias ocupadas por los emperadores de Constantinopla; por eso existe un elemento germánico en todos los pueblos modernos, si bien no en todas partes tiene el mismo poder; domina en Inglaterra, donde la cultura romana no ha dejado más que débiles vestigios; los Francos han dado su nombre a la Francia, pero no es la sangre germánica la que ha formado la nación francesa; la prueba está en el idioma, que, aún cuando tiene muchas raíces alemanas, es completamente céltico y romano, y asimismo la nacionalidad es galo-romana. Marchando hacia el Mediodía, decrece la influencia germánica. La España, más bien que conquistada, fué recorrida por los Bárbaros; apenas habían puesto los Godos en ella los pies, cuando los Árabes se la arrebataron, y los hombres del Mediodía han influido más poderosamente que los del Norte sobre el carácter, las costumbres y la civilización de los Españoles (a). La Italia, azo-

(1) GUIZOT, *Curso de historia*, lección XI.

(a) No participamos en esto de la opinión de Mr. Laurent. Si por civilización y costumbres y carácter quería significar hábitos y modos de vivir, mucho, muchísimo hay de los Árabes y Mauritanos en los nuestros. Hay también no poco en nuestro idioma y en nuestra literatura. Pero lo que verdaderamente imprime carácter a un pueblo—las creencias y la legislación—es gótico-romano: su influencia es visible y decisiva y casi absoluta en el nuestro. El fervor y la duración misma del período de la reconquista produjo una reacción que se marca en nues-

tada más que ninguna otra parte de la Europa por los Germanos, ha dominado a sus vencedores, dándoles su idioma y su genio; y a los ojos de los Italianos todo lo que está del lado acá de los Alpes está siempre contaminado de barbarie.

De esta manera los Bárbaros no han renovado la población del imperio, sino que las poblaciones indígenas sobrevivieron a la invasión como habían sobrevivido a la conquista romana. Los Bárbaros salvaron la Europa de la muerte infundiéndola sangre joven y generosa; pero estaban en número demasiado pequeño para sustituir a la raza indígena. Por otra parte, los Romanos, aunque vencidos, influyeron mucho sobre los vencedores. Pero ¿qué parte tiene cada uno de esos elementos de la civilización moderna en el desarrollo de la humanidad?

Los Germanos tienen, en la esfera de la ciencia, representantes no menos audaces que los rudos conquistadores del imperio. Los germanistas sostienen que todo cuanto se encuentra en nuestra civilización con carácter de grandeza y de belleza proviene de la raza germánica: los Bárbaros son los que salvaron el mundo de la corrupción romana; ellos los que constituyeron la Europa; a ellos debemos nuestras instituciones sociales, nuestra libertad y nuestra vida; por donde quiera que su sangre generosa se difunde, hay progreso y porvenir; allí donde no ha penetrado, hay atonía y muerte (1).

Estas exageraciones han provocado una reacción no menos exagerada.

Los partidarios de la civilización romana lo atribuyen todo a Roma, y deploran la victoria de los Germanos como la desdicha mayor que pudo caer sobre la Europa: "Corrompidos y todo como eran los Romanos, valían mucho más que sus enemigos, pueblos feroces que hubiesen ganado muchísimo en ser subyugados por Roma. Azotes del Occidente, aquellos pueblos no han traído nada bueno a la Europa culta, ni siquiera el espíritu de libertad. Los Germanos, en sus mismos bosques, lejos de complacerse en gozar de una fiera independencia, se apresuraban a someterse a un jefe; el

tros fueros y cartas-pueblas, é imprimió en nuestro carácter y en nuestro modo de ser el sello individualista del genio germánico y los resabios curiales del período romano.—(N. del T.)

(1) GANS, *Misceláneas*, t. II, p. 129.—GUERARD (*La Barbarie de los Francos y la civilización romana*, Bruselas, 1845) ha llevado esta opinión hasta la última exageración.